

de la libertad, atacáis la Carta, todo lo sagrado, todo lo que podía detener el impulso de las pasiones.

En medio de los gritos de la derecha, Casimiro Périer reclama para Manuel la autorización de recusar á setenta individuos de la Cámara. El presidente opone otra vez los términos del reglamento. «¿Cómo puede el señor presidente, exclama Casimiro Périer, oponer á mi petición la letra judaica de nuestro reglamento? (*Violentos murmullos en la derecha.*) Sí, la letra judaica; porque la recusación, en el caso presente, es de derecho riguroso.

El general Demarçay.—La Carta es destruída en lo que tenía de conservador para los derechos de la nación. Un partido faccioso se ha servido de ella únicamente como medio de oprimir al pueblo y de hacer del gobierno representativo una falaz decepción. Esta Cámara está hoy llena de enemigos de la nación, de seides de la contrarrevolución. (*Exclamaciones en la derecha; interrupción.*)

El presidente.—Sr. Demarçay, ese lenguaje es intolerable; os llamo al orden.

El general Demarçay.—Pues voy á proporcionar al señor presidente la ocasión de llamarme al orden otra vez, y á vosotros, señores, la facultad de excluirme á mi vez. Declaro adoptar enteramente la opinión del Sr. Manuel con las explicaciones que ha dado, y unirne de palabra, de idea y de sentimiento, á todo lo que él ha dicho.

El general Lafayette, en pie y con voz fuerte.—Sí, nos adherimos todos á lo que el Sr. Manuel ha declarado; hacemos causa común con él.

Cincuenta ó sesenta diputados de la izquierda, también de pie.—¡Nos adherimos todos! (*Exclamaciones en la derecha; gritos de ¡al orden!*)

Girardin sube á la tribuna y pide votación nominal. Esta proposición ocasiona un largo y violento tumulto, que los esfuerzos del presidente no pueden dominar. Por fin, Ravez, aprovechándose del cansancio general, consulta á la Cámara sobre la totalidad de la proposición; la derecha y el centro se levantan á pesar de los gritos lanzados por toda la izquierda, y Ravez, con voz atronadora que domina el tumulto, declara pronunciada la exclusión. La Cámara se separa á las siete y media de la noche.

En aquel momento, los grupos formados desde las primeras horas de la tarde en torno del palacio legislativo, siempre en aumento, habían invadido sucesivamente el muelle de Orsay, el puente y la plaza de la Revolución, las calles Royale y de Rivoli, y las terrazas de las Tullerías. Aquel gentío esperaba el resultado de la sesión; estaba tranquilo; los únicos gritos que de vez en cuando salían de aquellas masas compactas eran los de *¡viva Manuel!, ¡viva la izquierda!* Cerca de las cinco, numerosos destacamentos de gendarmería montada y de lanceros de la guardia real, llamados sobre el terreno, habían maniobrado para dispersar á aquellas masas de curiosos; pero, arrojados de un punto, los grupos volvían á formarse sin desorden detrás ó á los lados de la tropa. Cuando, cerca de las ocho, se supo la votación de la Asamblea, la muchedumbre se agitó á los gritos de *¡viva la izquierda!, ¡viva Manuel!*, y se dirigió por la calle de Saint-Honoré hacia el domicilio del diputado excluído. Fuertes pelotones de la infantería de

guardia y de línea, encargados de restablecer la circulación, hicieron algunas prisiones; á las doce de la noche quedaban disueltos todos los grupos y restablecida la tranquilidad.

¿Qué iba á resultar de aquella sentencia de exclusión? Manuel, conforme había anunciado, reaparecería en la Cámara? ¿Se atreverían á sacarlo de ella á viva fuerza? La incertidumbre que reinaba acerca de su resolución y la posibilidad de una resistencia efectiva atrajeron el día siguiente, 4 de marzo, cerca del palacio y en las tribunas del salón de sesiones, un público no menos numeroso que el del día antes. A la una y media, el Sr. Ravez ocupa el sillón presidencial; los diputados de la derecha, formando ruidosos grupos al pie de la mesa y en los pasillos, dirigen atónitas miradas hacia los bancos de la izquierda, que están completamente desocupados. No se ve un solo diputado liberal en el salón. Cada cual se pierde en conjeturas sobre tan extraña soledad, cuando de pronto aparece Manuel en traje de diputado á la entrada del pasillo de la derecha, atraviesa el hemicíclo y se dirige hacia los escaños de la izquierda, seguido de todos los diputados de la oposición, igualmente vestidos de uniforme y marchando de dos en dos. Un vivo rumor salido de todos los grupos y de las tribunas públicas acoge el espectáculo de este desfile. El presidente permanece inmóvil; pronto le rodean varios diputados realistas que le hablan acaloradamente. Ravez manda á llamar al jefe de los ujieres, el cual refiere que Manuel llegó en coche con dos de sus colegas, se apeó en el patio y entró por la puerta del salón de distribuciones, sin que se enterase el portero de servicio. Ravez parece indeciso. Mientras discute con los diputados que le rodean, entran otros realistas. Unos y otros se consultan, yendo y viniendo algunos de la mesa al banco ministerial. La izquierda permanece tranquila en medio de este movimiento. Durante más de media hora, los ministros, la mayoría y el presidente parecen vacilar; por último, éste agita largo tiempo la campanilla, durante lo cual los diputados toman asiento en sus bancos, y abre la sesión. Luego invita á Manuel á que se retire. Este dice que no cederá sino á la fuerza.

Suspéndese la sesión por una hora y quedan únicamente en sus bancos los diputados de la izquierda en número de unos ochenta. Media hora después, el jefe de los ujieres, portador de una orden del presidente, suplica á Manuel que salga del salón. Manuel repite que no le arrancarán de allí sino por la fuerza. Retírase el ujier y vuelve al poco rato al frente de dos destacamentos de guardias nacionales y veteranos, mandados por un comandante, un capitán y un sargento. La mayor parte de los diputados liberales se levantan exclamando: «¡Cómo! ¡la guardia nacional! ¿A ella acuden para violar el santuario de la representación nacional, para atentar contra la persona de un representante de la nación? ¡Se la quiere deshonrar!» Durante esta escena, los soldados y sus jefes, vivamente impresionados, permanecen inmóviles delante de la tribuna. El comandante, después de un rato de indecisión, se acerca á Manuel y, saludándole militarmente, repite la orden de Ravez, añadiendo que en caso de resistencia tendrá que recurrir á la fuerza. El general Foy le interpela con energía. «¡No reconocemos aquí á la tropa de línea!, exclaman otros diputados. No conocemos más que á la

guardia nacional. ¡Dad vuestras órdenes á esta guardia!» Intimidado, el comandante contesta que va á dar al presidente cuenta de lo que ocurre; se retira y vuelve á los pocos minutos anunciando que tiene orden de emplear la fuerza, si es necesario. En vista de que Manuel se niega á retirarse, ordena al capitán de la guardia nacional que haga avanzar á sus soldados para obligar al diputado á salir. El capitán transmite la orden al sargento que manda el pelotón. El sargento permanece inmóvil, y los guardias nacionales hacen como si nada hubiesen oído. Intimidados con más energía, dan á com-

Después de salir del palacio legislativo, los diputados liberales se reunieron en casa de Gevaudan, donde redactaron una enérgica protesta, «manifestando ante Francia entera el acto ilegal, atentatorio á la Carta, á la prerrogativa real y á todos los principios de gobierno representativo, que había atentado á la integridad de la representación nacional, y violado en la persona de un diputado las garantías aseguradas á todos, como también los derechos de los electores y de todos los ciudadanos franceses.»

Esta protesta fué entregada por los firmantes al pre-



Royer Collard

prender con un gesto expresivo que están resueltos á no obedecer. De los bancos de la izquierda y de las tribunas parten aplausos y vivas á la guardia nacional. El comandante sale precipitadamente del salón, y momentos después invade este recinto un destacamento de treinta gendarmes armados de sables y carabinas, al mando del coronel vizconde de Foucault y otros tres oficiales. Después de muchas intimaciones del coronel y de muchas protestas de los diputados de la izquierda, Manuel es arrancado á viva fuerza de su sitio por varios gendarmes y conducido fuera del salón. Todos los diputados de la izquierda salen al mismo tiempo que él y le acompañan hasta el patio principal, donde sube á un coche en unión de los señores Dupont (del Eure) y Gévaudan.

Casi al mismo tiempo, los diputados de la derecha vuelven al salón de sesiones, cuyos bancos se llenan en pocos instantes, salvo los de la izquierda, que permanecen vacíos. Se reanuda la sesión. La orden del día señala la discusión general sobre el proyecto de ley de los 100 millones; pero todos los oradores inscritos para hablar se hallan ausentes ó renuncian á la palabra, y la sesión es aplazada para el día siguiente.

TOMO X

sidente de la Cámara en la sesión del 5 de mayo, pero en vano solicitaron que se le diese lectura: la derecha en masa lo impidió apoyando una proposición de orden del día que fué aprobada al efecto.

Inmediatamente después, todos los diputados de la izquierda y algunos del centro liberal abandonan el salón de sesiones. Uno de ellos, al pasar por delante de la tribuna, exclama:

—Nos retiramos para no tomar parte en la votación de un proyecto de ley cuya discusión ha sido deshonrada por la violencia.

Reanudóse inmediatamente aquella discusión, mas como ninguno de los oradores inscritos para combatir el proyecto de ley quiso hacer uso de su derecho, se procedió en seguida á la votación de los artículos, siendo todos sucesivamente aprobados sin la menor observación. El escrutinio sobre la totalidad del proyecto no arrojó más que 258 votantes, teniendo por resultado 239 bolas blancas y 19 bolas negras.

Al día siguiente, la Cámara aprobó por 231 votos contra 15 el proyecto de ley sobre el llamamiento de los soldados veteranos.

A la agitación callejera causada por la expulsión de Manuel siguieron las visitas, los manifiestos y el envío de numerosas comisiones encargadas de felicitar al célebre tribuno. El sargento Mercier, el que mandaba el pelotón que se negó á expulsar á Manuel de la Cámara, dado de baja en la guardia nacional por una real orden, fué también objeto de grandes demostraciones de simpatía. Le fueron regaladas varias joyas y armas de honor por suscripciones que dieron lugar á condenas pronunciadas, no por los tribunales de París, sino por algunos de aquellos tribunales de provincias cuyos magistrados, cediendo menos á la exageración de su celo que á un desenfrenado deseo de ascender, se entregaban con harta frecuencia á severidades tan odiosas como ridículas.

Tres leyes relativas al llamamiento de la quinta de 1823 á las filas, á las cuentas de 1821 y á los presupuestos de 1824, con insignificantes informes de proposiciones, ocuparon los dos meses que aún había de durar la legislatura. La discusión de estas leyes no llamó la atención del público. Los diputados de la izquierda, que habían jurado no volver á la Cámara sino con Manuel, cumplieron su promesa. No faltó quien calificara su conducta de deserción culpable. Si la abstención política es un acto malo en sí; si el miembro de una asamblea deliberante no es libre de suspender el uso del mandato que aceptó; si en toda discusión abierta delante de él su título le impone un deber activo á que no puede sustraerse, estos principios no pueden aplicarse á la situación excepcional creada á los diputados liberales por la exclusión de Manuel. Fieles á sus declaraciones de solidaridad constitucional con el diputado excluido y á los intereses de su honor y de su dignidad, dejaban vacíos, por el resto de la legislatura, los bancos que la violencia ejercida con uno de sus colegas acababa de manchar. Por otra parte, la votación de los 100 millones pedidos para la invasión de España constituía toda la importancia de la legislatura, y esta votación, á pesar de la lucha ardiente y obstinada que

habían sostenido, estaba asegurada. Colocados en presencia de semejante resultado, los diputados de la izquierda, á falta de otro premio por sus esfuerzos, esperaban producir gran efecto en la opinión. La sensación, sin ser tan fuerte como habían creído, dejó sin embargo profunda huella en los espíritus. La Cámara, incompleta y mutilada, perdió movimiento y vida.

Si el retraimiento de los liberales redujo la oposición en la Cámara electiva á unos cuantos diputados realistas á quienes tenía irritados la ambición no satisfecha, esta oposición en la Cámara hereditaria empezaba á adquirir proporciones alarmantes. El proyecto de ley de los 100 millones encontró allí por adversarios no sólo á todos los antiguos senadores y pares nombrados por Decazes, cuya firmeza de convicciones ó independencia de carácter mantenían fieles á las conquistas del espíritu moderno y á los grandes principios consagrados por la Revolución, sino que también fué combatido por todos los hombres que habían ejercido la principal influencia en la restauración de la casa de Borbón. Era tan grande la desviación de la realza de su primitiva senda política y tanta la distancia que la separaba de su punto de partida, que la oposición de la Cámara de los pares había visto entrar sucesivamente en sus filas á todos los ministros que se habían sucedido en los consejos de Luis XVIII hasta el advenimiento de la Congregación, y que entre los opositores más resueltos figuraban los miembros del gobierno provisional de 1814, así como la mayor parte de los ministros de Gante.

La opinión estaba, pues, muy dividida aun entre los realistas, no solamente sobre la intervención en España, sino que también acerca de la política general del gobierno, al terminar la legislatura de 1823. Abierta el 28 de enero, cerróse el 9 de mayo, cuando las tropas francesas, que habían entrado en España por Bayona y por Perpiñán, llegaban ya á Burgos, camino de Madrid, sitiaban á Pamplona y habían avanzado, en Cataluña, hasta pasado Olot.

CAPITULO DÉCIMONOVENO

El ejército francés en febrero de 1823; fuerza del cuerpo de invasión; su composición y su espíritu. El duque de Angulema nombrado generalísimo, y el conde de Guilleminot mayor general.—Nueva conjuración. Disidencias en el Carbonarismo. Lafayette y Manuel. Refugiados franceses en España. Complot organizado en el seno del ejército de invasión; su objeto; su descubrimiento. Destitución del general Guilleminot y su sustitución por el duque de Bellune; marcha de este último á Bayona.—El duque de Angulema al ejército de los Pirineos; revelaciones. Desórdenes administrativos; deficiencias en todos los servicios. Inquietudes. Llegada de Ouvrard; su nombramiento como abastecedor general. El ejército recibe la orden de pasar el Bidasoa; el coronel Fabvier entra en España; intentona del Bidasoa; los refugiados tienen que retroceder; el ejército pasa la frontera.

El efectivo del ejército francés, en el mes de octubre del año anterior, cuando estaba abierto el congreso de Verona, se elevaba á 160.000 hombres. Aumentado progresivamente por el duque de Bellune, á medida que eran mayores las probabilidades de una intervención, este efectivo había llegado en el mes de febrero de 1823 á 241.062 soldados y oficiales de todas armas. De este contingente, un ejército de 100.000 hombres, divididos en dos cuerpos de operación distintos y de fuerza desigual, habían de entrar en España por los dos puntos extremos de los Pirineos, las provincias Vascongadas y Cataluña. Estos dos cuerpos de operación comprendían cinco cuerpos de ejército, así compuestos:

Primer cuerpo: comandante en jefe, mariscal Oudinot, duque de Reggio; tres divisiones compuestas de 44 batallones de infantería y 22 escuadrones de caballería; y otra división de 16 escuadrones de dragones; total, 27.485 hombres, 5.879 caballos y 24 piezas de artillería.

Segundo cuerpo: comandante en jefe, conde Melitor; dos divisiones, compuestas de 28 batallones de infantería y 16 escuadrones de caballería, y otra división de 16 escuadrones de dragones. Efectivo total, 20.312 hombres, 4.984 caballos y 12 piezas de artillería.

Tercer cuerpo: comandante en jefe, príncipe de Hohenlohe; dos divisiones compuestas de 24 batallones de infantería y 16 escuadrones de caballería; y otra división de refugiados españoles, al mando del general conde de España. Efectivo total: 16.476 hombres, 2.700 caballos y 12 piezas de artillería.

Cuarto cuerpo: comandante en jefe, mariscal Moncey, duque de Conegliano; tres divisiones compuestas de 36 batallones de infantería y 22 escuadrones de caballería. Efectivo total: 21.099 hombres, 4.376 caballos y 24 piezas de artillería.

Cuerpo de reserva: comandante en jefe, general Bordesoulle; una división de infantería de guardia real, compuesta de 8 batallones; una división de caballería de la misma guardia, compuesta de 12 escuadrones; una división de 16 escuadrones de coraceros, y 3 escuadrones de guardias de corps. Efectivo total del cuerpo de reserva, 9.690 hombres, 3.470 caballos y 7 piezas de artillería.

Estos 140 batallones y 139 escuadrones presentaban una fuerza total de 95.062 hombres y 21.409 caballos. La artillería se elevaba á 79 piezas, mandada en jefe por el general Tirlet, y los ingenieros por el general Dode de Labrunerie.

Los cuerpos 1.º, 2.º, 3.º y el de reserva, bajo el man-

do directo del duque de Angulema, nombrado *generalísimo*, habían de entrar en España por Bayona y marchar hacia Madrid; el 4.º cuerpo, al mando del mariscal Moncey y teniendo á Perpiñán por principal punto de reunión, estaba destinado á operar aisladamente en Cataluña.

La composición de estas tropas, como fuerza militar, no dejaba nada que desear; si bien algunos jefes no contaban más servicios que los palaciegos ó de guerra civil, como el conde de Autichamp, el príncipe de Hohenlohe y el barón de Damas; si bien algunos otros, como los generales Donnadieu, Canuel y Pámfilo Lacroix, debían sobre todo sus nombramientos á sus recientes servicios políticos, la mayor parte de los jefes y oficiales reunían para el mando títulos conquistados en las grandes guerras de la República y del Imperio; y en cuanto á las filas, eran excelentes, pues todos los hombres de más de veinticinco años de edad y la inmensa mayoría de los sargentos, como casi todos los oficiales, habían hecho el duro aprendizaje de la guerra, de sus fatigas y de sus privaciones, en los últimos años de lucha de Francia contra Europa.

Al designar al duque de Angulema para el mando de las tropas de invasión, el gobierno había puesto más bien un nombre que un general al frente del ejército. Este príncipe había de aportar en sus nuevas funciones las cualidades de un hombre probo, dotado de valor personal, esclavo de su palabra y de su deber, más bien que las facultades de un jefe militar. Los amigos del conde de Artois habían procurado suplir á la insuficiencia de su hijo colocando al lado de éste, con el título de *mayor general*, á un hombre que poseyese para el manejo y la dirección de grandes masas de tropas la experiencia de que carecía el príncipe. De esta elección dependía el éxito de la campaña. A propuesta de Vitrolles, fué nombrado el teniente general conde Guilleminot.

Los regimientos comprendían, como el Estado mayor general, oficiales palaciegos ú hombres políticos; pero eran en corto número y no ejercían acción alguna sobre la tropa. La influencia, en el interior de cada cuerpo, era privilegio exclusivo de los oficiales ó sargentos del Imperio, numerosa clase de descontentos que, con sus rencores contra los oficiales que debían su carrera al favoritismo ó á la nobleza de su cuna, con las narraciones de sus campañas, la continua glorificación de la bandera tricolor y sus cóleras contra la doble derrota de 1814 y 1815, mantenían en torno de ellos un pro-